



EL DESARROLLO, ¿COMETIDO DE LAS IGLESIAS?

En una conferencia que acabo de dar en un Colegio Mayor me preguntaron en el coloquio: «¿No cree usted que la Iglesia debe insistir lo más posible en el desarrollo de los pueblos, intentando su realización?».

Sin duda, esta cuestión se parece mucho a la que yo señalaba en mi artículo «El fracaso del Ecumenismo», donde aclaraba que, en la actualidad, las Iglesias reunidas en ese superorganismo que se llama Consejo Mundial de Iglesias, habían decidido, en 31 de enero último, impulsar este desarrollo como cometido ecuménico.

Las tres decisiones fundamentales de las Iglesias cristianas allí reunidas fueron: 1) «Movilizar sus recursos humanos, técnicos y financieros para responder a las exigencias del desarrollo mundial»; 2) «crear un fondo de desarrollo con la mayor rapidez... para lanzar el programa del desarrollo»; y 3) «crear una comisión encargada de establecer una estrategia, de coordinar las realizaciones y de preparar la constitución de un Fondo de desarrollo mundial en el seno del Consejo Ecuménico». (Revista *Réforme*.)

Todo esto revela una indudable buena intención. Lo que ocurre es que muchos nos preguntamos si basta, con esta intención bondadosa, para encauzar el auténtico problema del desarrollo humano-social.

En aquella reunión, el ministro alemán para la Cooperación Económica, Erhard Eppler, insistió en que las Iglesias poseen una capacidad y una libertad de actuación que muchos organismos civiles les envidian, a la hora de fomentar el desarrollo económico-social, y dijo: «Las Iglesias, así como las obras sostenidas por ellas, tienen posibilidades que no poseen ni los gobiernos, ni incluso las organizaciones internacionales».

Todo ello es verdad en algunos casos concretos. Lo que ocurre es que no siempre las Iglesias utilizan estas posibilidades de ayudar profundamente al desarrollo social. Pero lo grave no es eso, sino, sobre todo, que —por mucho que se diga— estamos asistiendo a un nuevo clericalismo atractivo que nos oculta la verdadera realidad de lo que deben ser estas Iglesias.

El Papa Juan XXIII —ese gran ejemplo de Evangelio para el siglo XX— tuvo una visión bastante más profunda y acertada que todas estas Iglesias respecto a la labor del cristianismo en lo que se refiere a hacer más justo, más humano y más desarrollado nuestro mundo.

La primera encíclica importante que publicó la dedicó al Tercer Mundo, sobre todo a aquel que vivía la estructura misionera, y, aunque con un lenguaje todavía excesivamente eclesial, dio unas orientaciones que se hace necesario recordar a la hora de enjuiciar estas actitudes liberalmente sociales que pretenden las Iglesias.

La primera cosa que le parecía ambigua al Papa Roncalli es la creación por parte de la Iglesia de «instituciones de orden puramente profano». (Encíclica *Princeps Pastorum*.)

La difusión del Evangelio es una cosa más modesta y más simple que organizar grandes comisiones y desarrollar una amplia burocracia con afanes sociales. Burocracia que, en último extremo, terminará por aplastar la acción difusora del mensaje del Evangelio, y que sólo conseguirá «gobiar el apostolado misionero».

No se trata, sin embargo, de propugnar una abstención social por parte de los cristianos, creyendo que bastan buenas palabras y consejos morales para resolver los problemas del desarrollo social, sino todo lo contrario, lo que hace falta es no cargar a la institución eclesial, desarrollándola todavía más, con nuevos cometidos burocráticos, aunque éstos tengan signo social. Si esto lo hiciéramos, estaríamos a punto de inaugurar un engañosísimo clericalismo, sumamente atractivo para mu-

chos porque tendría un evidente sentido humano-social, a diferencia del antiguo clericalismo de derechas.

De lo que se trata es de evitar que las Iglesias se sigan convirtiendo en grandes instituciones de poder, porque, con estas grandes instituciones, el hombre espontáneo y su iniciativa responsable quedan siempre ahogados.

Hay que fomentar en los hombres creyentes, y en las mujeres cristianas que viven en un mundo que necesita un desarrollo económico-social, el «hacerlos aptos... para asumir cada uno su responsabilidad en la vida», como decía el Papa con toda razón.

Si no desarrollamos hombres y mujeres responsables, laicos comprometidos con el mundo y sus problemas, seculares que no confíen nada más que en su propia inteligencia y en sus propias fuerzas, jamás haremos seres humanos libres y desarrollados.

Todo lo que sea fomentar el *paternalismo social*, aunque éste se valga hoy de grandes medios técnicos, no va —a la larga— en favor del verdadero desarrollo económico-social y humano, sino que sigue manteniendo engañosamente esa anacrónica «suplencia temporal» que no resuelve los problemas, porque sustituye la organización eclesial a la acción consciente, libre y responsable de los propios seculares cristianos, dejando a éstos —en el fondo— en una brillante y atractiva *minoría de edad*.

No hay que olvidar que lo más importante para el creyente no es dar prestigio a su propia Iglesia, sino ser un hombre que desarrolle su propia actividad social codo con codo con todos los hombres de buena voluntad. El Papa también lo dijo: «Que el hombre honre primero las diversas profesiones y actividades, y luego —por su sólida vida de cristiano— a la Iglesia».

A la Iglesia no se la honra ni se le da prestigio con grandes actos profusos de liturgia que impresionan a los incultos, como ocurría ayer. Ni tampoco con el nuevo invento, sustitutivo de este prestigio admirativo, que hoy se propone al pretender crear estas grandes instituciones sociales a partir de las Iglesias organizadas.

Es la vida responsable en el mundo, la acción social humana y profana, la que prestigiará al cristianismo a través de la acción de los propios cristianos, y no la organización eclesial o eclesialista de nuevos organismos y campañas sociales dirigidas por las Iglesias.

Por eso tengo que estar totalmente en contra de la actitud del ministro Erhard Eppler, que —lleno de buena, pero equivocada intención— pedía esta acción económico-social de las Iglesias y de sus organizaciones ecuménicas.

Que las Iglesias faciliten la difusión de una profunda conciencia social en sus creyentes, que los animen a ser unos radicales transformadores sociales, que los dejen inquietos ante cualquiera de estas soluciones de pequeño estilo o paternalistas que realizan. Pero que dejen en sus manos cualquier acción humano-social, y no en manos de eclesialistas o de organizaciones dirigidas por las Iglesias, porque eso fomenta la falta de autodesarrollo de los propios creyentes.

Otra cosa es que los obispos —como ha hecho el episcopado belga— denuncien las estructuras de dominación que existen en el mundo occidental, o el imperialismo del dinero que nos asfixia en Europa y América. Pero lo deben hacer apelando a la responsabilidad cívica de los creyentes, y no sustituyéndose a ellos.

Todo lo que las Iglesias ayuden a la educación y preparación de hombres y mujeres con ese bagaje de inquietud social y de libertad responsable, será positivo. Todo lo que intente sustituirse a esos seres humanos, fomentando una «suplencia temporal», atractiva pero engañosa, es condenarse a no salir nunca de la *minoría de edad* humana en que quienes tienen fe han estado durante siglos.